

# ¿Quién sabe de literatura?

Algunas reflexiones sobre nuestro lugar como literatos/as en la discusión pública

**Mariano Vilar**

En este número de *Luthor* intentamos pensar desde distintos ángulos la forma en la que se construye un saber sobre lo literario y su proyección sobre discusiones que van más allá de la problemática especificidad de ese saber. En este artículo me pregunto por los roles que perdimos, la tensión entre lo nacional y lo cosmopolita, la dificultad de encontrar referencias literarias comunes, y el desafío de participar en la "batalla cultural" sin caer en la estetización de la política.

\* \* \*

Los/as escritores/as, los/as profesores/as de lengua y literatura en la escuela y la universidad, los/as críticos/as literarios/as que quedan en algunos suplementos, ¿los/as que hacen podcast o videos para YouTube sobre libros que leen?, los/as investigadores/as de Conicet del área KS2 ("Literatura, Lingüística y Semiótica"), los/as editores/as, ¿los/as vendedores/as de libros?, los *connoisseurs* que no se dejan seducir por la última novedad del mercado. Todos estos sujetos, y seguramente un par más que podríamos enumerar, tienen un saber sobre lo literario, lo que no impide que cada uno tenga su especificidad. Algunos pueden escribir *papers* siguiendo normas precisas, otros pueden dar conferencias (para un público especializado, para uno general, o para ambos), algunos pueden evaluar las chances de un libro en el submundo de los premios nacionales e internacionales, otros saben qué escribir para ganarlos, etc. Pero más allá de esas diferencias y de casos singulares: ¿qué es lo que unifica a todos? Y también: ¿cómo se proyecta ese saber sobre la sociedad (si tal cosa existe)?

En sociedades menos administradas, menos segmentadas y atomizadas por la división del trabajo, el rol del/la literato/a no se distingue demasiado del del sabio. La persona que puede citar los versos homéricos en el momento apropiado, o una máxima de las muchas que aparecen en Shakespeare o Racine, es alguien que simplemente *sabe*. Por supuesto, es un tipo de saber que no es útil en todos los contextos: no gana una batalla (aunque es digno de un general experto poder comparar sus campañas con las que describe Tito Livio), no cultiva el campo (pero puede aludir a las *Geórgicas* para proveer una cita oportuna) y, sin embargo, su función de guía para la vida es perceptible. *Docere et delectare*: la filosofía moral y la literatura se disputaron su rol formador de seres humanos por milenios, aunque quizás sea más justo decir que trabajaron en conjunto con algunos ocasionales momentos de tensión.

La autonomización de la esfera literaria respecto de la moral y de la religión redujeron esta antigua alianza a un hilo débil y casi imperceptible. El florecimiento de los libros de autoayuda es parte de este proceso, claro está. El literato todavía puede ser valorado como alguien que tiene un saber ("Fulanito/a lee mucho"), pero la idea de que ese saber es uno que conduce de por sí a una buena vida está casi totalmente quebrada ("Fulanito/a es un bohemio/hippie/zurdo depresivo/a").

### **Intelectuales, activistas, mariscales en la batalla cultural**

La categoría tan mentada de "intelectual" siempre tuvo aristas problemáticas para los/as literatos/as. ¿Qué tan "orgánica" puede ser la literatura a un proyecto de poder? Se ha discutido este problema desde la *Eneida* hasta el kirchnerismo tardío. No cabe duda, sin embargo, que

en tanto la literatura es todavía hoy una plataforma para adquirir alguna resonancia pública, los literatos/as pueden ocupar roles que van más allá de su especificidad profesional. Beatriz Sarlo, Martín Kohan, Martín Caparrós, etc. No se puede menospreciar, en este sentido, un saber que alguna vez fue clave para las letras y que hoy no siempre lo es: la elocuencia. El literato es, en general, una persona que puede decir algo elegantemente, alguien que en principio vale la pena leer o escuchar si más no sea solo por eso.

Volviendo a la cuestión, ya desde los 70 la noción del intelectual que “representa” a los marginados u oprimidos, y/o que es la vanguardia política de una clase social, o el orador destacado de un movimiento, el intelectual como ideólogo/a, etc., fue atacado desde todos los flancos. Foucault y Deleuze famosamente cuestionaron la idea de que el intelectual pueda o deba representar a alguien. Con muchos matices que son difíciles de generalizar, crece la idea del intelectual como activista. Josefina Ludmer titula uno de sus textos [“De la crítica literaria al activismo cultural”](#)

En su libro reciente *Crítica anfibia. Métodos y espacios de acción de los estudios de la literatura en la contemporaneidad*, Lucía Tennina (quien también escribió un artículo para este número) plantea una serie de experiencias, estrategias y recursos para pensar los cruces entre lo literario y lo cotidiano. Esto implica circular por espacios donde la literatura atraviesa prácticas que no son ni los de la academia (aulas, congresos, etc.) ni la crítica *mainstream* (ferias, entregas de premios, medios gráficos, etc.). En su caso, se detiene en particular en los *saraus* brasileños, espacios de producción e intercambio de poesía en la

periferia, pero también en fenómenos como los booktubers, los procesos de canonización y crítica del canon desde sus márgenes, etc. Se trata, en sus palabras, de una “descolonización” del conocimiento y de un cuestionamiento de las rigideces y limitaciones (supuestamente hechas en pos de una objetividad y un rigor “científico”) del mundo académico, no para destruirlo, claro está, sino para ampliarlo y revitalizarlo.

A este tipo de intervenciones y posicionamientos, que no son infrecuentes en el ámbito académico, se le suma una dimensión muy contemporánea: la llamada “batalla cultural”. Agustín Laje, un hipotético presidenciable, es un intelectual orgánico del gobierno libertario de Javier Milei. No es un literato, ya que este subtipo no abunda entre los libertarios. Frente a él y otros parecidos, se repite una y otra vez el interrogante: ¿qué hacemos con esta invitación a las “armas”? Suelen aparecer estas respuestas:

- No, es una trampa a la que nos quieren llevar. Dar la batalla cultural hoy es hablar del rumbo económico del gobierno y sus efectos materiales sobre la población.
- No, hay que escuchar a la gente común y aprender. Basta de querer bajar línea.
- Sí, pero apelando a lo más general: tenemos que defender valores como el humanismo, la generosidad, el respeto por el otro, la democracia, etc.
- Sí, desde la trinchera: tenemos que defender la revolución transfeminista, *queer*, y no movernos ni un milímetro de nuestras conquistas simbólicas.

De hecho, muchos de nosotros oscilamos entre estas posiciones y no nos definimos del todo por ninguna. Puede que esa sea la solución más funcional: el tacticismo. Cada intervención de la *intelligentsia* enemiga tiene que ser evaluada para elegir la mejor respuesta. ¿Pero la mejor para quién, exactamente?

Hay otra alternativa: el aceleracionismo que se fascina con el poder. Con distintos grados de contorsionismo (tener vértebras flexibles siempre fue una necesidad de los intelectuales), podemos encontrar en publicaciones como *Dólar barato* y algunos *substacks* la idea de que todo lo que no sea abrazar la nueva filosofía oficial del mileísmo es una variante de la melancolía progresista (o *woke*), una actitud propia de profesores tristes, almas en pena que lloran las ruinas de un imperio que nunca fue tan grandioso como en nuestra imaginación.

Tampoco es del todo falso. El literato es una subespecie humana que tiende a la bilis negra, es decir, la melancolía, la desesperanza, la sensación de que no hay futuro, de que todo tiempo pasado fue mejor. Esto se ve impulsado además por una percepción generalizada de que la institución literaria está en retroceso a nivel mundial y que las millones de copias que pueda vender algún que otro libro no lo cambian en lo más mínimo. El manejo sofisticado del lenguaje, que alguna vez se consideró necesario para participar en cualquier sociedad moderna de manera efectiva (mi maestra de primaria en los ochenta pensaba que tener buena caligrafía y buena ortografía era un requisito *sine qua non* para conseguir un trabajo decente) sigue siendo una habilidad relativamente valiosa, con énfasis en el “relativamente”... y ni hablemos del valor que empezó a tener el “redactar bien” en la era de las IA generativas de texto.

Entonces, ¿cómo generamos valor? Se podrá decir que la pregunta está empapada de neoliberalismo (o más simplemente de capitalismo) y de que la idea de que cada actividad tiene que aportar un valor al mercado es, en sí misma, el enemigo que hay que atacar. Es cierto, en un sentido, pero también falso en otro: más allá del “mercado” en el sentido llano y literal del intercambio de dinero entre agentes económicos, la competencia por la atención y el interés humano es permanente. Nuestro tiempo en el mundo es finito y nuestra atención limitada. Los literatos proveemos un valor que en muchísimos casos no tiene que ver con la reproducción material de las condiciones de existencia de nadie, aunque podría excluirse de esto a los docentes de primaria y secundaria. El resto, salimos a competir por los retazos de esa atención que todavía quedan con las herramientas que encontramos.

### Lo común y lo argentino

La idea del intelectual que podía salir de su formación específica y hablarle a la sociedad presupone un cierto espacio común, un ágora. Beatriz Sarlo cruzó esa frontera y lo hizo desde la crítica, no desde la producción literaria en sí. Hoy figuras como Natalí Incaminato (“la Inca”) o Tamara Tenenbaum, la primera doctora en Letras y docente universitaria en esa carrera en la UNLP, la segunda graduada de Filosofía y escritora de literatura y ensayos, hicieron base en redes sociales y de ahí se convirtieron en figuras con cierta visibilidad mediática y a las que se llama para dar su perspectiva sobre distintos temas que tienen poco que ver con discusiones académicas.

El problema del ágora del presente es el de lo común. Está claro que la institución literaria sobrevive en nichos, nichos que no se limitan a las

aulas de las facultades y que involucran editoriales, festivales, librerías, ferias, canales de YouTube, etc. Pero el nicho, por definición, impide cualquier perspectiva de universalidad. Porque lo que más perdió la literatura como institución es el dominio de lo común. Es decir, de una serie de referencias comunes, de libros que todos conocen y muchos no especialistas incluso leyeron completos, ya sea en la escuela, en unas vacaciones, en un colectivo. La idea de que hay que leer ciertas cosas, incluso si no es más que el recorte de un recorte del canon, para no ser un ignorante. Esa idea, que está en extinción incluso en las aulas universitarias, en las que es cada vez más difícil suponer alguna base común, desapareció por completo de la sociedad.

Este es uno de los factores que hacen que propuestas como las de Tennina en el libro mencionado más arriba provoquen algunas dudas. Por supuesto, la idea de ampliar el canon e incluir lo que ha sido históricamente marginado y segregado (en muchos casos, por cuestiones que no tienen mucho que ver con el “valor estético”) es inobjetable en sí y es un horizonte en principio más estimulante que un eterno retorno sobre lo mismo. Al mismo tiempo, esa erosión permanente de lo canónico es problemática en un contexto de disolución de lo común por un montón de fuerzas centrífugas.

Cualquier proceso en crisis con una historia larga atrás tiene que enfrentar la dicotomía de ir a las bases para hacerse fuerte o salir a explorar nuevos territorios con la esperanza de encontrar allí el valor perdido. Es una tensión que afecta profundamente a las universidades en general y a las facultades de humanidades en particular. ¿Salimos a convertirnos en *booktubers* y/o en especialistas en IA, o paramos la pelota

y apelamos a la dignidad de la clase magistral sobre literatura que alguna vez fue nuestra fortaleza y que nos conecta con la Gran Tradición?

¿Qué “Gran Tradición”? Desde hace uno o dos años se volvió común en ciertos espacios debatir sobre el valor de lo nacional. Hay muchas explicaciones posibles, pero la más directa es el retorno de los nacionalismos a nivel mundial tras el consenso globalista neoliberal de los 90 (el fin de la historia, etc.). Esto en nuestro país tiene inflexiones muy particulares, porque no hay acuerdo entre las fuerzas gobernantes (y sus intelectuales orgánicos) sobre si el globalismo está mal “en sí”, o si solo está mal en relación con la “agenda 2030”, es decir, la “agenda woke” o “progresista”. En el ámbito cultural, el episodio de la revista *Anfibia* saliendo a pedir apoyo económico tras la caída del financiamiento internacional que recibía sirvió de catalizador para una denuncia generalizada de cipayismo a todo el feminismo, los movimientos queer y ecologistas, y por extensión también a la “agenda” cultural fomentada en las universidades y espacios aledaños (*Anfibia* depende de la Universidad Nacional de San Martín). En términos generales, la idea es que el partido demócrata estadounidense, bastión del proyecto cultural neoliberal, se ocupa con su flujo de dólares de asegurar que revistas woke como *Anfibia* triunfen, lo que provoca que otras con posiciones menos afines a esa agenda y más ocupadas por los problemas reales del desarrollo de las fuerzas materiales y espirituales de nuestra nación nunca alcancen esa visibilidad.

Aclaro que no creo que esto sea totalmente falso. Hay fondos internacionales que tienen intereses en fomentar algunas agendas, eso es un hecho. Desconfío, sí, de la existencia de una conspiración global

que actúe de esta manera en contra de lo argentino y sus potencialidades ocultas, y ni siquiera me voy a detener en defender a *Anfibia* (que ni leo ni me parece particularmente recomendable) de aquellos que la acusan de representar al partido demócrata mientras ellos mismos copian y pegan los argumentos y posicionamientos del partido republicano, al que hacen pasar por argentino de pura cepa.

Pero no nos quedemos en lo fácil. Está claro que los que obtuvimos nuestra credencial de conocedores de la literatura a partir de instituciones estatales, como es sin duda mi caso y el de muchísimos otros (me atrevo a afirmar, sin un dato concreto que lo justifique, que la enorme mayoría, ya que la formación en humanidades fuera de las grandes universidades nacionales del país es muy escasa y deficiente) tenemos una enorme responsabilidad hacia nuestro país. En ocasiones, en el siglo XX, esa responsabilidad adquirió la forma de un compromiso con la modernidad: hagamos de Buenos Aires una París o una New York de Latinoamérica, seamos lo más cosmopolitas posible, digamos con Borges que lo argentino es lo universal, traigamos las teorías extranjeras más *trendy* y pongámosle un fuerte condimento local. Seamos los marginales que demuestran que el margen es el verdadero centro, y deconstruyamos así la misma división centro-periferia.

Pasadas ya algunas décadas del siglo XXI, ya con Ludmer y Sarlo del otro lado, la cosa está difícil. La modernización intelectual y la importación de teorías sofisticadas no vino acompañada de progresos sociales y económicos, y la única modernización a la que accedió el país es una que parece cada vez más precaria, endeble, caótica y desigual hasta el paroxismo. Las instituciones están en crisis permanente. La impresión es

que puede pasar cualquier cosa, salvo algo bueno. ¿Tienen la culpa de eso nuestras lecturas de Deleuze, Butler, Agamben, Fisher? Está claro que no, pero tampoco está claro (nada claro) que lecturas como esas, escritas en países con una posición en el mundo y una historia tan diferente, se relacionen significativamente con los horizontes existenciales de quienes habitamos la literatura desde Argentina.

¿Tenemos que ser, entonces, “nacionalistas”? ¿No es cierto acaso que los literatos vivimos por y para una república de las letras humanista (y humanística) que tiene como bandera la paz, el saber, el consenso y coso, y que es, por lo tanto, esencialmente supranacional? Si tengo que responder en base a mi vida y experiencia profesional, la respuesta es un rotundo sí. Cualquier otra respuesta sería hipócrita. No me considero “globalista” (progresista sí) pero decir que vivo mi experiencia de la cultura, la literatura y el pensamiento privilegiando “lo argentino” sería una mentira colosal. Pienso lo nacional en mis modestas intervenciones políticas y trato de votar proyectos que eviten que nos convirtamos en una neo-colonia en la que los grandes imperios extraigan sus recursos naturales y eventualmente su mano de obra precarizada. Pienso mi actividad profesional en los ámbitos académicos argentinos (apenas he salido del país) y no fantaseo con irme a dar clase o investigar a otro lado. Pero me estoy planteando cada vez más seguido si no es necesario afinar más el ojo y el paladar para pensar con más profundidad, también desde los estudios literarios, en quienes somos y en qué necesitamos.

### Estetas

Empecé preguntándome por la forma en la que nuestros saberes se proyectan o tienen la posibilidad de proyectarse por fuera de sus ámbitos

de incumbencia específicos, es decir, sobre la sociedad. Intentamos avanzar sobre la naturaleza de ese saber, que continuamente se escapa en su diversificación y especificidad contextual. También es difícil separarnos de una figuración más general de “el intelectual” (independientemente de si es un intelectual orgánico, un intelectual de vanguardia, de barricada, o uno que quiere correrse para que hable el marginado) que puede ser filósofo/a, historiador/a, etc., del que sería específicamente el “literato”, el o la persona que llega desde la institución literaria y con un bagaje asociado a ella. La palabra misma “literato/a”, poco usada actualmente, ya expresa algo de esa incomodidad. ¿Sería mejor hablar del crítico/a literario/a? Pero eso no incluye a los/as escritores/as, etc.

Sabemos algo de la especificidad de lo literario, algo de su carácter irremplazable, una singularidad de la que aprendimos a disfrutar. Porque el saber sobre literatura es indisociable de ese goce y quizás tiene en él su fundamento último. Somos estetas, no importa qué otros vestidos nos pongamos arriba.

¿Esto implica que cuando pensamos la política lo hacemos siempre desde lo estético? Esto puede entenderse en varios sentidos. Uno en el cual usamos nuestras herramientas de análisis para describir, y eventualmente cuestionar, los proyectos estéticos de los poderes en pugna. En otras palabras, entender y conceptualizar la relación entre estética y política. Pero también nos acecha el peligro bastante concreto de que la perspectiva misma sobre la política sea estetizante, es decir, se base en su comprensión como algún tipo de relato que se vuelve más interesante cuanto más plagado de giros inesperados y personajes

sorprendentes y estrambóticos aparezcan. Parte de la fascinación con Milei también tiene un sentido literario, incluso (o sobre todo) cuando es una fascinación que produce horror.

Podría cerrar estas líneas apelando a la resistencia del goce literario frente a un mundo sobreadministrado, o a la necesidad de nuestro rol como sujetos que se hacen preguntas en un mundo cada vez menos orientado a la reflexión crítica, o apelando a la capacidad de la lectura lenta y detenida por oposición al scrolleo ciego de contenidos indiferentes. Todo eso me parece valioso y digno de ocupar un rol en la conversación social, e incluso trato de llevarlo a la práctica. Pero en este contexto me resulta también muy insatisfactorio, repetido, pasible de ser redactado por una IA generativa. ¿Entonces? Tenemos que salvar el mundo.